

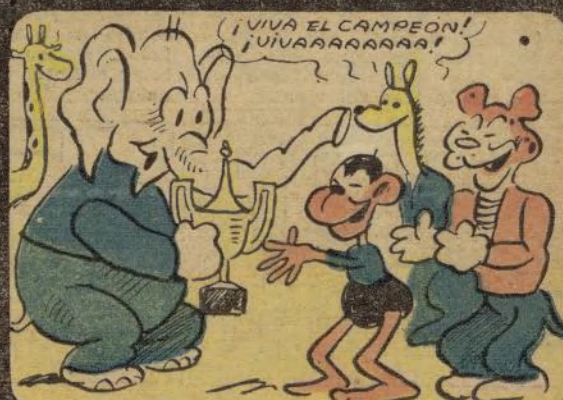
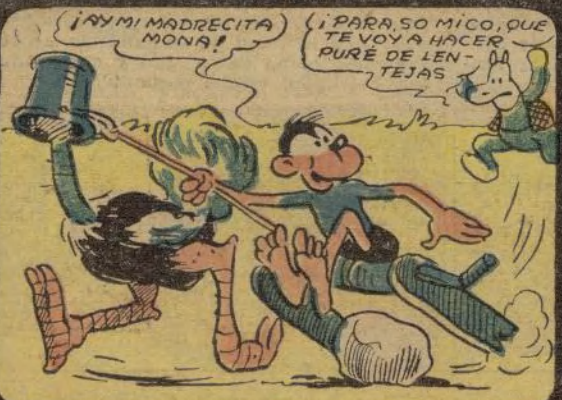
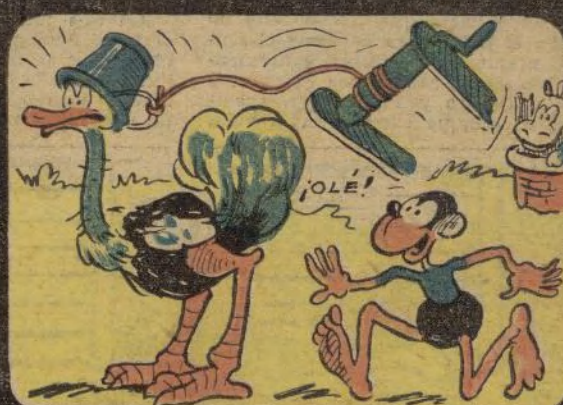
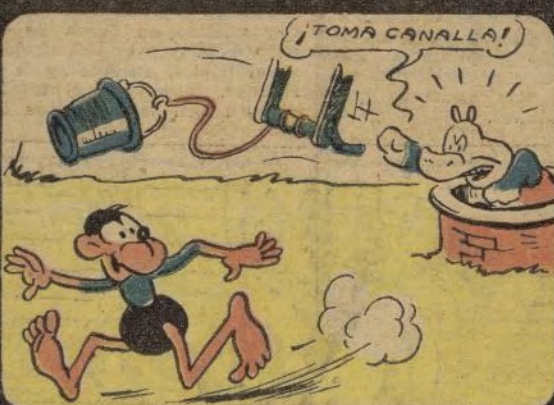
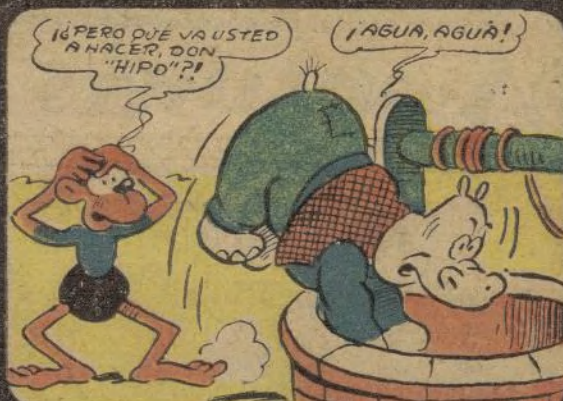
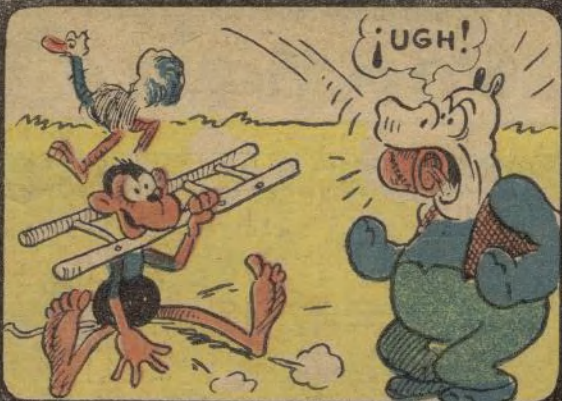
AÑO VI.—NUM. 252

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid 8 de marzo de 1934

EN LA SELVA
CIVILIZADA

PREMIO POR SORPRESA



Para que te rías!



Una avispa fiera, pensando que la brillantina del cabello de Pilín era confitura, se lanzaba contra el muchacho. Pero Pilín estaba ar-



mado con una terrible carabina que disparaba mortales flechas de caucho. La avispa vino a posarse en un cristal de la ventana. Pilín disparó



contra ella e hizo polvo el cristal. El perrito Malaspulgas lo celebró con una risotada; pero una nueva flecha vino a taparle el hocico.

"ASÍ SE DECUBRIÓ LA SEDA"

Hace muchos siglos reinaba en la China un emperador que tenía una hija bellísima, que se llamaba "Flor de Nieve". La princesa tenía más de un centenar de vestidos, pero no se veía satisfecha. Cierta día dijo al emperador: Es-

remediar la miseria de sus padres. Cierta día en que, pensativo, se hallaba en el campo, recostado al pie de una morera, vió que caía a sus pies uno de esos capullos dentro de los cuales se encierra el gusano de seda para transformarse en

La princesa "Flor de Nieve" hizo caso del joven. Cuidó de aquellos gusanitos, echándoles hojas de morera. Los gusanos fueron creciendo, hasta que por fin un día comenzaron a fabricar su capullo. Entonces, con gran cuidado, la



tos vestidos de lana y de lino no me gustan; son demasiado bastos. Yo quisiera poseer un vestido que estuviese hecho de una tela blanca y reluciente como el sol.

El emperador mandó echar un pregón ofreciendo mil monedas de

mariposa. El joven lo cogió y lo estuvo contemplando y examinando largo rato. Era un capullo bellísimo de color de oro. Por fin lanzó una exclamación de alegría y se puso en pie de un brinco. Había hallado lo que buscaba. Recogió todos los capullos que pudo encontrar por el suelo y marchó a su casa. Allí estuvo encerrado por muchos días, sin atender a nadie, hasta tal punto que lo creyeron enfermo o medio loco.

Una buena mañana, Peko se presentó en el palacio imperial pretendiendo ver a la princesa "Flor de Nieve". Llevado a su presencia, le entregó una pequeña caja, al mismo tiempo que le decía: —Princesa: aquí os traigo la tela que deseáis, blanca y brillante como el sol.

La Princesa abrió la caja, y lanzó un grito de cólera y de repugnancia. Pero Peko le dijo: —Cuidad estos gusanos en la forma que os enseñaré, y veréis que no estoy loco.

princesa hilvanó la sutilísima hebra de que estaban hechos; con ella formó tenues hilos y tejó una tela. Aquella tela era suave, tersa y luciente como el sol.



Desde entonces, las mujeres pueden llevar vestidos de seda.

La historia añade que "Flor de Nieve" se casó con Peko, y que éste logró curar a su esposa de su extremada vanidad. Hasta tal punto que no se cambiaba ya sino tres vestidos... al día.

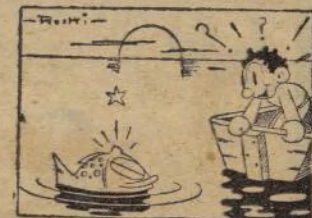
PESCA INESPERADA



Filomeno había salido a cazar patos, y de improviso el fusil se le resbaló de entre las manos y cayó al



agua, donde se hundió. El fusil vino a caer al fondo, y en su camino tropezó con un hermoso besugo, que recibió el culatazo en pleno "torrao",



Y cuando Filomeno lloraba la pérdida de su escopeta, contempló asombrado que había "cazado" sin pólvora ni balas.

Aventuras de Tarugo y Perdígón



Veinte años hacía que Barba-Cano no se cortaba el pelo; para celebrar el aniversario, mamá Tecla había condimentado un pastel de cañamones rellenos, y encargó a Tarugo y Perdígón que cuidasen de él, aunque expusieran la vida.



Así que mamá Tecla hizo mutis por el foro, Perdígón propuso a su compinche jugar al divertido juego de la "galinita ciega", y Tarugo aceptó entusiasmado, pues estaba más aburrido que un caracol con sabañones.



Tarugo se vendó los ojos y comenzó a dar vueltas en busca de su camarada, pero éste, que estaba decidido a comerse el pastel, aunque se le partieran los riñones, huyó por el lateral izquierda, como hacen los malditos del teatro.



Y cuando a Tarugo se le cayó la venda de los ojos y se dio cuenta de la faena que le habían jugado, lanzó un grito de rana con dolor de estómago y se le pusieron los pelos de punta, igual que los de un cepillo de raíces.



Mientras tanto, Perdígón volaba raudamente como el autogiro de La Cierva, pegando cada tajo al pastel que lo dejaba tiritando; pero a Tarugo le había sentado aquello peor que un estacazo en un tobillo, y corría tras del traidor.



El pilluelo rubio se dio cuenta de que le venían pisando los faldones, y se escondió en una cuba para proseguir su faena, seguro de que allí no le descubrirían ni Sherlock Holmes y Búfalo Bill reunidos.



Pero Tarugo tenía dos pupilas que eran un aparato de rayos X, y al instante se dio cuenta de que el canalla de su hermanito se estaba dando el festín dentro de cuba, y decidió aguarle la función.



En esto llegó mamá Tecla, dispuesta a bailar "el vuelo del moscardón" sobre el autor del robo. Tarugo se apresuró a asegurarse por la salud de su camiseta de verano que él no había sido y que el autor, Perdígón, estaba escondido.



Al instante comenzaron a llamarle cariñosamente, pero Perdígón se hacía el "teniente". Entonces Tarugo le dio a la llave del agua, y mandó dentro de la cuba un torrente capaz de anegar la Telefónica, con guardias de Asalto y todo.



Un minuto y quince segundos después aparecía Perdígón pidiendo auxilio. Mamá Tecla se remangó la toquilla y comenzó a darse masaje a los bíceps, ya que pensaba utilizarlos en la parte más carnosa del traga-pasteles.



Y Tarugo, que ya se consideraba vengado de la trastada de su hermanito se quedó cantando la romanza del pez que quería convertirse en un acorazado, romanza que había oído cantar a Terremoto cuando no le dolían los callos.



Y ya, a tarde caída, el pilluelo regresó a su casa. Pero escondido tras de la puerta le esperaba Perdígón, que había jurado hacer en la cabeza de su hermano más agujeros que tiene un campo de "golf". La tragedia se mascaba. (Continuará.)

EL REGALO DE BALITO CUENTO ESPAÑOL

"Balito" era un hermoso ciervo que habitaba en los bosques de América. Su paso era leve y alroso, y, cuando corría, el viento se esforzaba en vano por alcanzarle. Pero "Balito" tenía muchos y poderosos enemigos que deseaban hincar el diente en las carnes succulentas del lindo ciervo. Eran sus enemigos: el león, el leopardo, el tigre, la hiena..., todos los animales de instintos feroces y de potentes garras.

"Balito" se sabía perseguido, y siempre andaba con precauciones por el bosque. La vida era amarga para el infeliz cer-



vatillo, que no había hecho mal a nadie, y que, constantemente, se veía agobiado por sus perseguidores. Hasta cuando por la noche descansaba, dormía con un ojo abierto y el otro cerrado, igual que hacen las liebres. El ciervo llegó a odiar a las fieras que sólo deseaban su muerte, y pensó que era preciso idear algún medio por el que deshacerse de sus mortales enemigos.

"Balito" era listo, muy listo. Su padre había sido el rey de todos los ciervos y uno de los más sabios animales del bosque, cuyas máximas y sentencias aun recordaban los ciervos viejos como modelo de sabiduría. Y "Balito" había heredado aquella viveza de ingenio de su progenitor, y aunque era joven, era juicioso, mucho más juicioso que esos niños que hacen "novillos" y no van a la escuela, y mucho más sensato que esos



muchachos que pierden el tiempo sin querer estudiar.

Pero "Balito" era muy débil, tenía muy poquitas fuerzas, las suficientes para sostener su cuerpecillo, y el león y el tigre eran brutales y le despedazarían sin piedad y sin tener en cuenta las buenas cualidades del cervatillo. Una mañana, "Balito" salió de la escondida gruta en que habitaba, decidido a poner en práctica una idea. La noche antes había visto en la pradera el cuerpo de un corderillo que, sin duda, murió de frío. Llegó al prado, y allí vio el cadáver del cordero. Entonces clavó un palo en tierra y ató una cuerda de juncos al cuello del corderillo y la otra punta la sujetó a la estaca.

Entonces, y pisando muy quedo, llegó, temblándole las carnes, hasta la gruta en que vivía el león. Se subió sobre una roca, pronto a escapar, y desde allí llamó: "Oyeme, amado león—le dijo—. Yo te quiero bien y tú me persigues. Para

demostrarte que tienes mi aprecio, he cazado un hermoso corderillo; esta tarde lo llevaré al prado y allí lo dejaré atado para que te lo comas. No dejes de ir, pues es para ti solo, amado león."

Escapó rápido como el viento, y llegó a la madriguera del leopardo: "Oyeme, mi muy querido señor leopardo. Para demostrarte mi amistad, esta tarde te dejaré en la pradera un tierno corderillo, que he cogido para que te regales con él. No faltes, porque es para ti solo." Luego huyó tan aprisa, que cuando el leopardo quiso darle las gracias, ya "Balito" estaba a medio kilómetro. Y así fue visitando, con las consiguientes precauciones, a todas las fieras, y les ofreció el corderillo, siempre diciéndoles que lo había cazado para cada una de ellas.

Por la tarde, los animales feroces se dirigieron al prado, relamiéndose de gusto, pues los corderillos tiernos son el manjar preferido de las bestias dañinas.



Todos llegaron a un mismo tiempo, y, efectivamente, vieron al corderillo atado a la estaca por su cuerda de juncos. Y el león rugió con ira: "¿A qué venís vosotros? Este es un regalo que me han hecho para mí solo." Pero la hiena, el leopardo, el tigre, el jaguar y la pantera gritaron, enseñando las fauces ensangrentadas: "El cordero es mío; me lo han regalado a mí. ¡A mí! ¡A mí! ¡Es mío!"

Con ímpetu salvaje se acometieron. El león asestó un zarpazo al jaguar, dejándolo tendido; el tigre dio a la hiena un mordisco, que le abrió una profunda brecha, y todos, enfurecidos ya al máximo, se enzarzaron en una mortal y espantosa pelea, que sólo la muerte podía terminar. Y, efectivamente, una hora después, todos los animales estaban muertos. Tan sólo el león quedaba con



un poco de vida, y, al fin, y con el corazón destrozado, cayó dando un rugido, que hizo estremecer los ámbitos.

"Balito", estratégicamente escondido, había presenciado la lucha, y cuando ésta hubo concluido salió de su escondite. Llegó hasta las fieras y las despellejó, llevándose las pieles. Y desde entonces, y libre de enemigos, el inteligente animal correteó por el bosque, feliz y dichoso, sin meterse con nadie, durmiendo ya con los dos ojos cerrados y reposando cómodamente sobre las pieles de las bestias, que le ofrecían amplio y mullido lecho.

LOS TRES AVENTUREROS CONTINUACIÓN



CAPITULO VII En plena aventura

En tanto que los sublevados, sorprendidos por la presencia de los aventureros, cambiaban impresiones, nuestros amigos aprovecharon aquellos instantes para ganar a popa el puente que se alzaba sobre cubierta. Los dos hombres explicaron en breves palabras a nuestros tres amigos su situación. Eran el capi-



partido. Defenderían al capitán y al piloto. Los cinco camaradas tomaron posiciones en el puente. Bien pronto se inició el tiroteo. Los revoltosos hacían fuego desde cubierta. Eran veinticinco o treinta marineros, en cuyas caras se veía la mueca de la codicia y el crimen. El capitán, el piloto y Polo disparaban incesantemente. Rafa cargaba las pistolas, y Boston dió con la barra de hierro

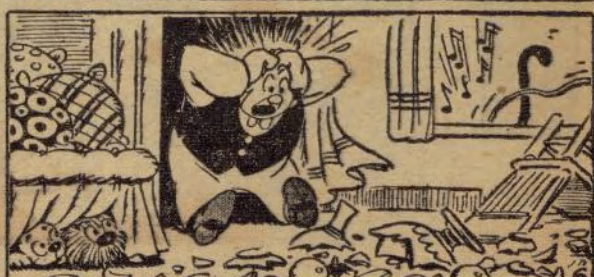
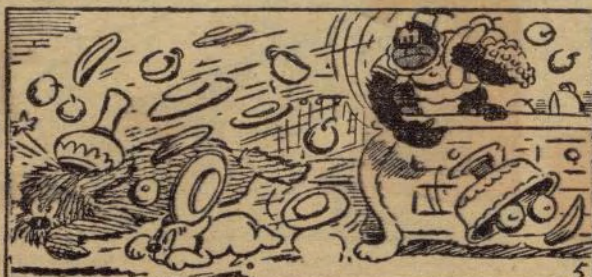
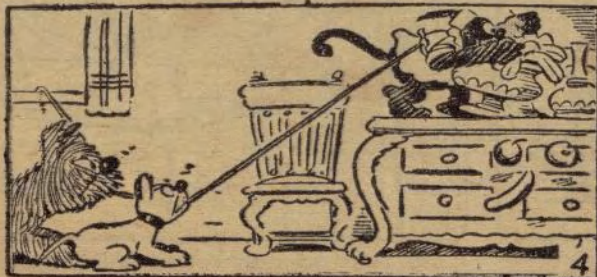
en la cabeza de un pirata, que pretendía entrar en el puente sin ser visto. La situación era desesperada; el piloto cayó herido en un hombro; pero, con gran entereza, volvió a incorporarse para seguir peleando valientemente: "¿Tienes miedo?"—dijo en una tregua Polo a Rafa—. "No"—contestó el muchachillo sin pestañear. Boston dió un grito. Unos facinerosos habían logrado escalar el en-



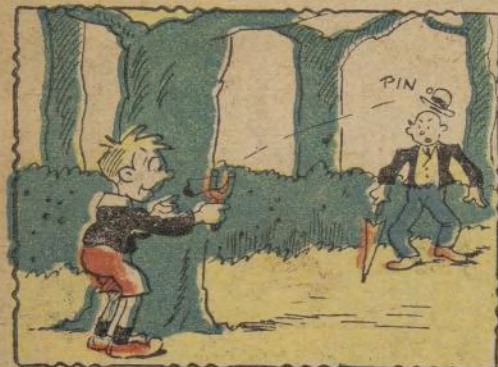
trepante por la parte posterior, y el negro, cogiendo en sus brazos hercúleos a uno de ellos, le arrojó al mar como si fuera una pluma. El capitán disparó a bocajarro, y otro miserable rodó desde el puente a la cubierta. Enfurecidos los restantes se lanzaron a un asalto terrible; pero el fuego de los sitiados les hizo retroceder. En aquel momento, Rafa exclamó: "Solamente quedan ocho cartuchos." Los aventureros se miraron

muy pálidos. Estaban perdidos. Los piratas avanzaban, arrastrándose por la cubierta, prontos a saltar al entrepuente. Boston apretó con fuerza la barra de hierro, y en los ojos de aquellos valientes brilló el mismo relámpago de decisión. Morirían, sí; pero vendiendo caras sus vidas.

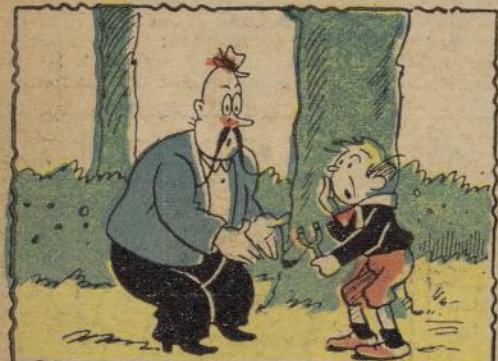
Fin del capítulo VII



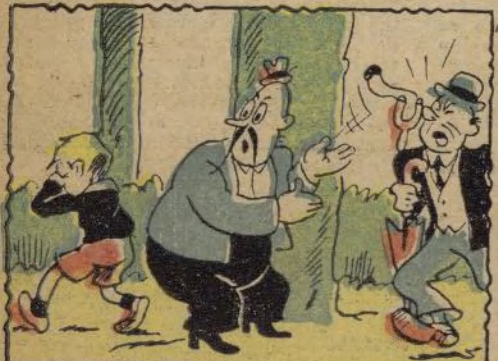
D. Severo



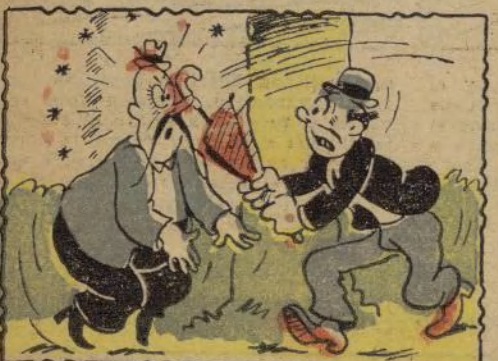
Tragalimas era un pillete más malo que la escarlatina. Su mayor placer era tirar los postes de avellanas, gatear por los postes del telégrafo para morder las jicaras y tirar piedras.



a las cabezas de los transeúntes. "¿Por qué haces eso, hermoso?" le dijo don Severo. "Tira el tirador, y para que no lo vuelvas a hacer te lo voy a tirar, y no lo tires tanto, porque te va a



crecer más la cabeza." Y don Severo arrojó el tirador, con la misma gallardía que Guzmán el Bueno arrojó su puñal. Pero el tirador fue a dar en el respiradero de Torcuato, que llegaba



hecho un "mura", y el hombre, enfurecido, descargó su paraguas sobre el buenazo de don Severo, al tiempo que exclamaba: "¡Grandullón!

Y PRISIONEROS DEL MAR

CONTINUACIÓN



Varios días pasaron sin que ningún incidente revelase la presencia de los bandidos en la isla. ¿Se habrían marchado? Enrique buscaba algún medio para explorar la isla sin riesgo de descubrirse. De pronto, una idea atrevida brilló en su mente. Ella le daría la solución. Había leído que muchos años atrás, en Inglaterra, una intrépida mujer había subido, metida en una canasta, atada a la cola de una gran cometa. ¿Por qué ellos no podrían hacer lo mismo? Desde una altura de 200 ó 300 metros es-



Alvaro, Martín e Ignacio. —Dispensadme, amigos—prosiguió Pablo—; pero esta empresa arriesgada me corresponde con todo rigor. ¿No es verdad, hermano?—Enrique hubiera querido contener a su hermano, pero éste continuó agitadamente: —Tengo un gran secreto que revelaros, porque no puedo soportar más su pesadumbre. Sabed todos que si estáis aquí, en este momento, lejos de vuestras familias, es por mi culpa. Si. Yo fui quien, en un momento de locura, de inconsciencia, por pasatiempo, por broma, solté en el



tura. Con sus anteojos comenzó a escurrir el horizonte. Por todas partes la más absoluta oscuridad... menos por el Este. Por allí se divisaba una mancha roja, que parecía un fuego. Pero era lejos, muy lejos, más allá de los confines de la isla, a unas treinta millas. En seguida relacionó aquel descubrimiento con aquella mancha blanca que hacia aquel mismo lado había descubierto desde las rocas de la "bahía del desengaño". Indudablemente, por allí había algunas tierras bastante cercanas. Algún continente o archipiélago,



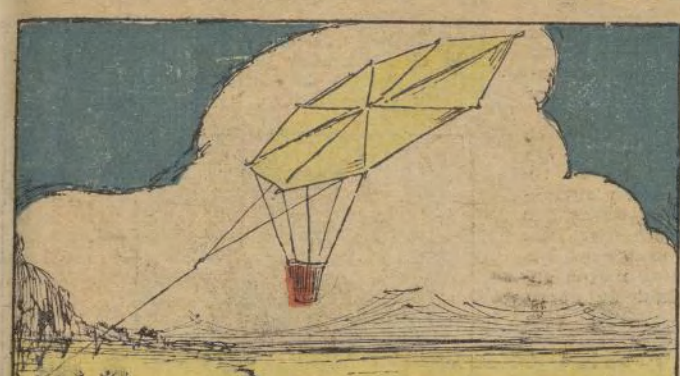
cultriarían de noche todo el horizonte de la isla. Enrique comenzó su pensamiento a los mayorcitos, quienes no pudieron ya aguantar tan terrible incertidumbre e inactividad, que ponía a prueba sus nervios, decidieron probar la aventura. Ante todo era preciso hacer una prueba con la cometa ya construida, colgando de su cola un saco de arena del peso proporcionado. A la mañana siguiente se hicieron las pruebas a plena luz del día. El éxito fue satisfactorio. Con toda facilidad, la cometa arrastró un peso de



puerto de Lima las amarras que retenían a nuestro barco, el "Centella", haciendo posible que fuera arrastrado por las corrientes fuera del puerto, y después juguete de la tempestad. Quise dar la voz de alarma y no pude; cuando reaccioné, ya era imposible todo socorro. Me debo a vosotros; debo arriesgar mi vida por salvarlos. Y las lágrimas y los sollozos ahogaban la voz del pobre niño. Todos sus compañeros acudieron solícitos a consolarlo. Todos le perdonaban de corazón. Bastantes veces había expuesto ya



con altísimas montañas, cuyos ventisqueros de nieve brillaban de día y que de noche encendía la antorcha potente de algún volcán. En esto, otra luz se dejó ver, pero mucho más cerca, a cosa de cinco millas, en los límites del bosque, al otro lado del lago. Era, indudablemente, el campamento de los bandidos... No había por qué permanecer más tiempo en el aire, y Enrique deslizó una bala de plomo por un bramante que pendía de la barquilla y llegaba hasta las manos de sus compañeros. Era la señal convenida. Todos pu-



veinte libras. Inmediatamente se emprendió la tarea de ampliar la cometa con nuevas cañas y tela impermeable y en dos días estuvo lista la obra. Por la noche soplabla una fresca brisa, que invitaba a realizar las pruebas definitivas. Se colocó en la canasta un saco de tierra de 130 libras, y la cometa fue izada de modo que ofreciese presa al viento. Poco a poco se fue remontando, mientras que desde la cabria se le largaba cuerda suficiente. Veinte minutos después la cometa alcanzaba la altura máxima sin incidentes. Se co-



su vida por ellos. De todos modos, no fue posible hacerle desistir de su propósito, y, antes de ocupar su puesto en la barquilla, se echó en brazos de su hermano Enrique en un abrazo de despedida. Enrique le estrechó fuertemente, diciéndole, cariñoso: —Ha quedado saldada tu deuda con tu confesión. Que seas tú o yo quien pague materialmente, poco importa. Yo soy quien ha de subir y arriesgarse en nombre y provecho de todos.— Y diciendo esto se metió dentro de la canasta, dando al mismo tiempo la orden de comenzar



searon manos en la maniobra para recoger cuerda. Además, era ya tiempo; la brisa había arreciado y parecía echarse encima un fuerte ventarrón. Los minutos que iban transcurriendo eran de ansiedad. ¿Qué sería de Enrique si se levantara un vendaval? Tres cuartos de hora llevaba funcionando la cabria, y aun estaría la cometa a unos cien pies, cuando un fuerte golpe de viento rompió la cuerda y los que accionaban el torno cayeron a tierra violentamente despedidos. Un grito de horror se escapó de todos los labios. ¿Qué se-



menzó entonces a recoger la cuerda en la cabria, operación que exigió las fuerzas de todos durante una hora. Pero, en fin, el resultado no había podido ser más feliz. Iban todos a retirarse a descansar, cuando Enrique, llamándolos, les dijo: —¿Para qué vamos a demorar lo que tanta prisa nos corre? ¿Sabemos acaso si mañana tendremos el viento favorable? Creo que debemos intentar la ascensión hoy mismo. ¿Quién se brinda a subir?—Yo—exclamó al instante su hermano Pablo.—Yo—dijeron después Alberto,



la maniobra. Izaron la cometa, funcionó la cabria, se largó cuerda y la cometa subió lentamente, pero con gran seguridad. Pocos minutos después, el aparato se perdía entre las sombras de la noche. Abajo, todos los corazones latían unánimes al impulso de agitados sentimientos. Enrique, entre tanto, arrastrado por aquel artefacto, como por un ave gigantesca, se agarraba valientemente a las cuerdas. A poco, una ligera sacudida le advirtió de que había llegado a lo más alto de su ascensión. Se hallaría a unos 300 metros de al-



ria del abnegado compañero que por ellos se había aventurado? Pero no duró mucho su congoja. Minutos después vieron venir corriendo, desde las orillas del lago, a Enrique, chorreando agua de sus vestidos y que gritaba, gesticulando: —Aquí estoy. Perry y los bandidos están en la isla, al otro lado del lago.— Y les contó después su caída y salvamento. Al romperse la cuerda se había tirado al agua, y en cuatro brazadas, como buen nadador, había ganado la orilla. (Continuará.)

Teresa



Teresa estaba contentísima. Se había fabricado un columpio con el que pensaba divertirse más que en el "cine". Pero cuando lo hubo terminado se quedó muy triste y pensativa, porque



no sabía cómo mecerse, pues no tenía nadie que diera impulso al columpio. Mas la malvada cabra pintada, que, como siempre, andaba a la que saltaba para hacer una fechoría, llegó fingiendo

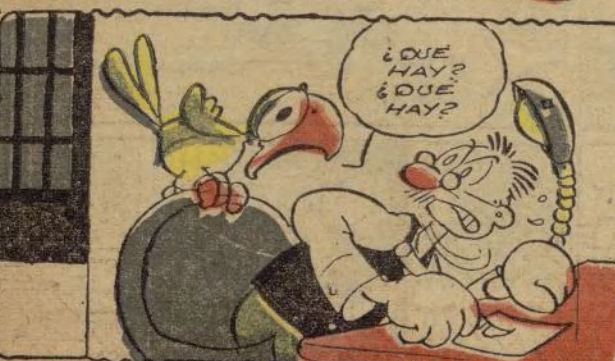


gran amistad y atizó un topetazo al columpio, pero con tanto impulso, con tal ímpetu, que Teresa quedó convertida, en obra y gracia al topetazo, en la hélice de un aeroplano, y cuando



la "hélice" dejó de girar, la pobre Teresa pensó, admirada: "Una de dos: o se hundió el suelo o ha crecido el árbol"

LA COTORRA SABIA



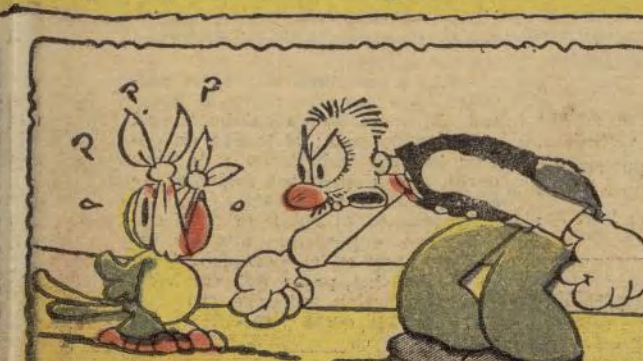
El pobre señor Gurriato estaba aquel día completamente indignado. A Laura le había dado la perra por exclamar a cada peso: "¿Qué hay? ¿Qué hay?"



"Esta maldita cotorra no me dejará en paz en todo el día—gemía Gurriato—. Tengo ya el maldito: "¿Qué hay? ¿Qué hay?" metido e nla masa encefálica."



El pobre señor Gurriato decidió darse un baño de agua fría para calmarse, pero hasta allí llegó la maldita cotorra con su "¿Qué hay? ¿Qué hay?"



"Acabarás ya, miserable avechucho"—rugió Gurriato; y para evitar aquella odiosa cantinela, le puso a Laura una mordaza para que así callara su "¿Qué hay?"



Y fue en aquel momento cuando llamaron por teléfono, y, como es natural, la telefonista contestó: "¿Qué hay? ¿Qué hay?" "¡Maldición!"—gritó el infeliz.



Y la sorpresa de la telefonista fue definitiva. Don Gurriato confundió la llamada telefónica con la voz de Laura, y la muchacha oyó: "Hay que voy a cortarte el pico por descaramado."

AMENIDADES

En las fiestas carnavalescas celebradas en Barcelona, ha llamado poderosamente la atención este grupo de jeroministas, nuevo y modernísimo trío de la bencina, que en ese magnífico locomóvil se proponen atravesar el Sahara sin escalas, a pesar del exceso de equipaje que suponen esas magníficas chisteras y ese hongo con que se



adornan los componentes del trío. Como verán nuestros amigos, el trío de la etcétera, tiene más gracia que Pamplinas, y el Ayuntamiento ha hecho muy mal en no conceder el primer premio a Juanín, Monchi y Marinito, que desde estas columnas saludan cariñosamente a todos los jeroministas de España.



¡Arriba las manos!, así dice el atacador, y al instante dispara su pistola, de la que sale una bala tan grande como la de un obús. Esta interesantísima instantánea, la ha obtenido Casimiro González, que desde Jerez nos la remite para que la publiquemos. Y ya lo ves, Casimiro: publicado el dibujo.



La mancha negra que hay en nuestro dibujo no es más que un conjunto de mapas. En ella hay que trazar una faja blanca, todo lo irregular y sinuosa que se quiera, de manera que la mancha quede dividida en tres continentes muy conocidos.



No sabemos si el caballo galopa por un campo de hielo, o tal vez que los siervos del jinete han encerrado la pradera para que ande mejor su dueño. Pero sea lo que fuere, el caballo galopa, con su cola que parece una cascada de las cataratas del Niágara, y el autor del dibujito, Manuel Vega, queda complacido.

LOS NAUFRAGOS DEL "AIRÓN"

Muy contentos al ver que los piratas no habían descubierto los depósitos de viveres, visitaron la pequeña rada con la esperanza de que los bandidos, por lo precipitado de su marcha, hubiesen abandonado en la playa algún objeto que pudiera serles útil; pero no encontraron más que el árbol del trinquete, sin cuerda alguna. Lo examinaron y vieron que hacia



la mitad de su altura estaba mordido por un proyectil de grueso calibre.

"Con esta avería no hubieran podido continuar su viaje — dijo Albani—. Han arribado aquí para cambiarlo". "¿Cree usted que habrán podido resistir la tempestad?" — preguntó Pico—. "¡Hum! Tengo mis dudas — repuso el jefe—. No me sorprendería si un día cualquiera las olas o las corrientes nos trajesen los restos de su baje. Pero, en fin, amigos míos dejemos esto, ¡y al trabajo!; volvamos a cortar postes y puntales; la estación de las lluvias está cerca, y es preciso que construyamos rápidamente una nueva cabaña."

No perdieron el tiempo los Robinsones. La plantación de bambúes estaba cerca, y dió el material necesario para la obra y para rehacer los recintos de los animales. La cabaña, elevada en el mismo sitio en que se alzó la primera, era más amplia, más cómoda y más sólida, pues habían puesto dobles sostenimientos y alargado la techumbre de manera que cubrie-



se toda la terraza. Diez días después estaba terminada, incluso los recintos. Esta parte era también mayor y con un cobertizo para poner a cubierto de las lluvias a las aves, los cuadrúpedos y los monos. Por último, labraron de nuevo el huerto, labor que realizó Basilio, y lo circundaron de una empalizada para defenderlo de los destrozos que pudieran ocasionar los animales salvajes.

Terminados todos estos trabajos, fueron a la caverna para llevar a los animales a su nuevo domicilio. Aun cuando el grumete los cuidaba diariamente y les llevaba comida y provisiones, las pobres bestias aparecían muy tristes en aquella prisión tan escasa de aire y de luz; así, pues, experimentaron una gran alegría al verse de nuevo al aire libre.



¡Jeromín y sus compañeros han desaparecido! ¡Se gratificará a quien dé datos acerca de los fugitivos!

Jeromín, Tarugo, Repollo y demás héroes de la revista se fugaron el jueves de la sala de visitas de "Radio España", a cuya emisora les habíamos llevado para que actuasen ante el micrófono. ¡Nadie sabe dónde puedan estar!

Pero hoy jueves, 8 de marzo, es posible que reaparezcan nuestros héroes. Por si acaso, hoy, a las "seis y media" en punto, contactad vuestros aparatos con la E. A. J. 2, Radio España, y tendréis una agradabilísima sorpresa.

E. A. J. 2.—Radio España

Hoy jueves, a las seis y media de la tarde. 2.º Jueves infantil organizado por JEROMIN.



Aquella misma tarde, el marinero y Albani, aprovechando el buen tiempo, hicieron una rápida exploración por los bosques de la costa oriental. Hacía varios días que les atormentaba el deseo de buscar el cadáver del pirata que por poco les descubre cuando estaban escondidos en las ramas del árbol. Esperaban que no le hubiesen encontrado sus compañeros y, por lo tanto, podrían apoderarse del fusil.

Como aquella parte de la floresta la habían atravesado corriendo en su huida, no les era fácil encontrar el árbol que les sirvió de refugio; por fin, y tras muchas vueltas y revueltas, concluyeron por descubrir el cadáver. No quedaba de él más que el esqueleto descarnado por los tigres. El fusil y las municiones habían desaparecido, pero sobre unas matas encontraron el corto y pesado puñal de acero,



arma que podía serles de mucha utilidad.

"Se empleará en la construcción de la chalupa" — dijo Albani.

"¿Piensa usted aún en construirla?" "Sí, por cierto. Tengo grandes deseos de recorrer toda la costa meridional. No pararé hasta salir con mi empeño, pues mi deseo es hallar a los hombres que perdieron la cápsula de carabina y encendieron aquella hoguera que divisé desde la montaña en nuestra primera exploración."

"Suponiendo — prosiguió Enrique — que no los hayan encontrado los piratas". "No es posible que hayan podido llegar hasta la parte meridional. Si así hubiera sido, no habrían vuelto a asediar tan pronto la caverna. Ahora volvamos a nuestra cabaña, amigo mío".

Y cuando ya estaban a la vista de su casa, el jefe murmuró, como si estuviera hablando solo: "Tengo grandes deseos de saber quiénes eran aquellos hombres. El corazón me dice que de ese encuentro ha de salir para nosotros al-



go que cambie el rumbo de nuestras vidas". Y las palabras del marino sonaron en la calma de la tarde como el anuncio de una misteriosa profecía.

Fin del capítulo XL



¡Jeromín y sus compañeros han desaparecido! ¡Se gratificará a quien dé datos acerca de los fugitivos!

Jeromín, Tarugo, Repollo y demás héroes de la revista se fugaron el jueves de la sala de visitas de "Radio España", a cuya emisora les habíamos llevado para que actuasen ante el micrófono. ¡Nadie sabe dónde puedan estar!

Pero hoy jueves, 8 de marzo, es posible que reaparezcan nuestros héroes. Por si acaso, hoy, a las "seis y media" en punto, contactad vuestros aparatos con la E. A. J. 2, Radio España, y tendréis una agradabilísima sorpresa.

E. A. J. 2.—Radio España

Hoy jueves, a las seis y media de la tarde. 2.º Jueves infantil organizado por JEROMIN.



PASATIEMPOS

En los festejos carnavalescos no podía faltar una representación de "Jeromín". Félix, nuestro amigo Félix, ha sido graciosamente reflejado por este "monísimo" jerominista de tres años, Carlitos Rodríguez Bedía, que en el teatro Pereda de Santander ha obtenido el primer premio de disfraces.

Félix el verdadero, este simpá-



tico gato que tenemos en nuestra redacción para no dejarnos en paz con sus diabluras, así que ha visto a Carlitos, nos ha encargado que le felicitemos en su nombre y le transmitamos su enhorabuena.

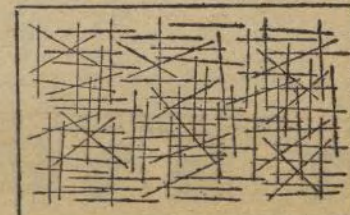
Agradecemos a Carlitos el ofrecimiento que nos hace de sus servicios, pero da la casualidad de que aquí no hay ratones... se los comieron las ratas hace mucho tiempo.



Estos niños de Granja de Torrehermosa son "terribilísimos". Este es decididamente el pueblo de los dibujantes. Hoy no tenemos más remedio que publicar otra obra de arte de un simpático jerominista Torrehermosense, Ramón Sánchez, que nos envíe esta muestra de sus habilidades.

Había una vez un rey que al volver de la guerra trajo, entre otros cautivos, uno tan joven y de tan gallardo y agradable aspecto, que verio la reina y sentirse movida a compasión, fué todo uno.

Pidió la bondadosa soberana a su esposo que devolviese la libertad a aquel prisionero, y el monarca prometió complacerla. En



efecto, hizo que le trajesen el cautivo, y le dijo:

—Vas a ser libre, si eres lo bastante listo para merecer la libertad. El suelo de tu calabozo está cubierto de paja; si logras encontrar la paja más larga y la más corta, mis propios soldados te acompañarán a tu patria.

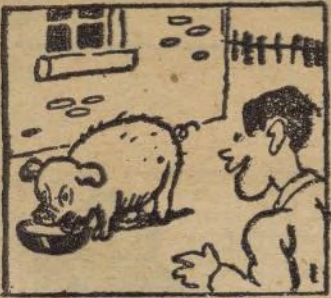
Ignoramos el final de la historia. Pero, suponiendo que las rayas que hay en el grabado adjunto fuesen las pajas del calabozo, ¿podría alguien hallar la más larga y la más corta?

—Mira, mira qué paloma. Dispara un tiro.

—Imposible; no alcanza la escopeta; está muy lejos.

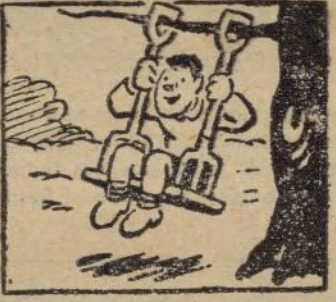
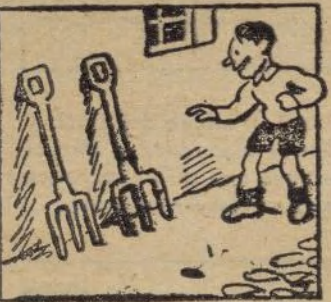
—Pues dispara los dos tiros a la vez.

TODO ES CUESTION DE INGENIO



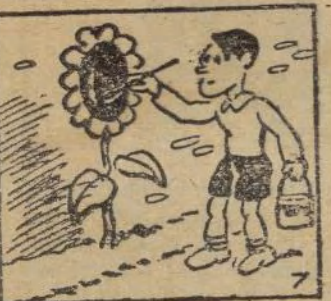
Merenguito había ido a pasar una tarde a la casa de campo de un tío suyo. Pero el pobre muchacho es encontró con que en aquella casa no había niños con quien pasar el rato, ni juguetes con los que divertirse. Mohino y cabizbajo, se puso a pensar en un medio que le permitiera pasar agradablemente la tarde, y a

la vista de un cerdito que comía tranquilo, le surgió la idea de hacer con él un "tio vivo" como los que tanto le divertían en las verbenas y parques de recreo. Como el cerdito, por lo visto, tenía hambre atrasada, nuestro ingenioso amigo le ató a un árbol, se montó sobre él y, poniendo una zanahoria atada a la punta de



una cuerda, le hizo dar vueltas alrededor del árbol, tratando de alcanzar su manjar favorito, y de esta forma Merenguito pasó un rato delicioso sobre aquella improvisada cabalgadura que saltaba dando cabriolas graciosísimas. Pero el "jaco" se cansó al cabo, y entonces Merenguito se dispuso a fabricar un columpio con

una tabla que encontró en el corral. Le faltaban cuerdas resistentes, pero el chico no se amilanaba ante los inconvenientes, y a la vista de dos layas de las empleadas para coger la hierba, Merenguito encontró el remedio para allanar aquella dificultad. Clavó profundamente las layas en la madera, y colgándolas



después en las ramas de un castaño, se encontró con un magnífico y estupendo columpio. Pero las layas se desclavaron bien pronto y Merenguito tuvo un recibimiento poco agradable contra el suelo, del que resultó lesionada su parte posterior. Escamado de los ejercicios violentos, decidió encontrar cualquier pasatiem-

po más tranquilo, y bien pronto ideó un definitivo tiro al blanco, fabricando una diana perfecta con una de esas grandes flores llamadas girasoles. Merenguito pasó una agradabilísima tarde en la finca de su tío, y regresó muy contento a su casa. Como veréis, cuando se es ingenioso, puede un niño hallar los medios de divertirse y pasar una tarde agradable.

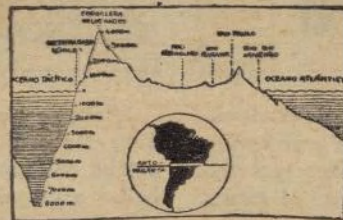
EN SERIO Y EN BROMA



—¿Quién ha roto esas páginas del libro?
—¿Ha sido este gato, señor maestro?
—¿Y por dónde entró el gato?
—He ido yo a buscarle a mi casa para echarle la culpa.



los moros, sino por una ave que se llama somormujo. Con juncos, raminculos y hojas secas forma una especie de balsa redonda que flota en el agua, y allí pone sus huevos y cría. Ordinariamente mete su nido flotante entre los cañaverales, y si ve que hay peligro, lo traslada a otro sitio, sacando fuera las patas y sirviéndose de ellas como de remos.



Junto a las montañas más altas se encuentran las mayores profundidades del mar. Es una ley general que se cumple en el mundo que habitamos. Así, por ejemplo, paralelamente a las altas montañas de la cordillera de los Andes, que va bordeando la costa occidental de América del Sur, se encuentran las fosas marinas más profundas del Pacífico, como se representa en el dibujo.



—¡Canalla! ¡Deje usted esa ropa! ¡Es mía!
—¿Pero, por qué se pone usted así, caballero? ¿No ve que lo que quiero es ahorrarle el trabajo de tener que vestirse?



—Vamos a ver: ¿Cuántas vacas tenéis en tu casa?
—Una sola.
—¿Y cuántos litros de leche da al día?
—Diez litros, señor maestro.
—Entonces: ¿Cuántos litros vendéis a la semana?
—Doscientos litros, señor maestro.



Los atletas griegos, como si dijéramos los deportistas de entonces, se entrenaban con música. Claro que no con música de banda, ni de gramófono, ni de "radio". Un flautista tocaba los rudimentarios instrumentos de viento que entonces se conocían, mientras los atletas practicaban sus ejercicios. La escena del grabado, tomado de un vaso griego, representa a un corredor que con los pesos o "halteres" en las manos ejecuta su ejercicio rítmico, siguiendo las modulaciones de la flauta.



¿Que os figuráis que son estas estrellitas tan bonitas? Pues son las formas que adoptan los cristallitos que forman un copo de nieve, tal y como se ven al microscopio. Las vesículas pequeñísimas de agua de las altas nubes se hielan a temperaturas de 20 y 30 grados bajo cero, y entonces adoptan la forma de menudisimos filamentos que se agrupan y sueldan entre sí, formando estos bellísimos dibujos. Pero advertid que todas esas estrellas se parecen en algo dentro de su gran variedad, y es que todas están formadas por filamentos unidos invariablemente en ángulos de 60 grados. Es una ley que se cumple rigurosamente.



—¿Quién te ha pegado, niño?
—El maestro; porque le he dicho que mi padre, de un solo tiro, atravesó la oreja y la pezuña de un lobo.
—Entonces ha hecho bien el maestro, porque eso no puede ser.
—Sí, señora. Porque el lobo estaba rescándose.



EL LOCO (desde la tapia del manicomio).—¿Qué haces?
EL PESCADOR.—Pescar.
EL LOCO.—¿Has cogido algo?
EL PESCADOR.—Nada.
EL LOCO.—¿Llevas mucho rato ahí?
EL PESCADOR.—Seis horas.
EL LOCO.—Entra.

Para vuestro Album de Historia Natural



Camaleón de Fischer



Morfo brillante

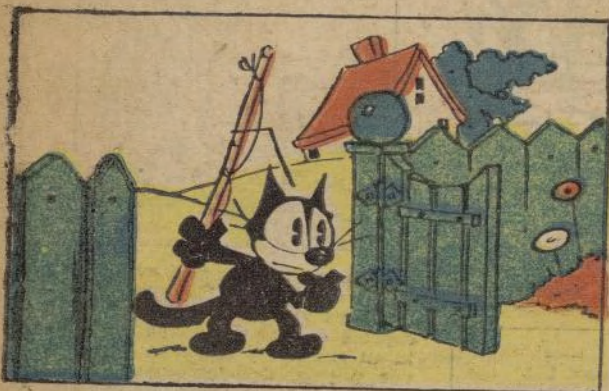


Lima común

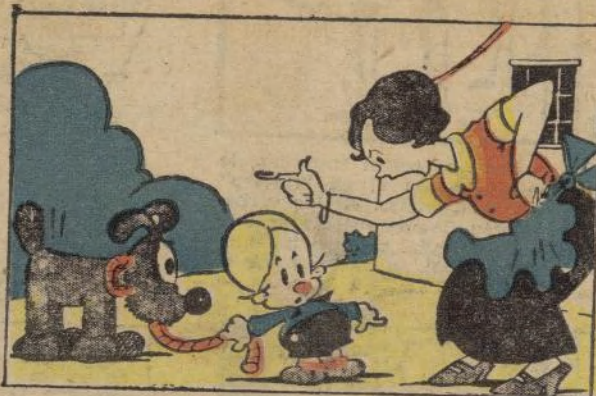


Várano del Nilo

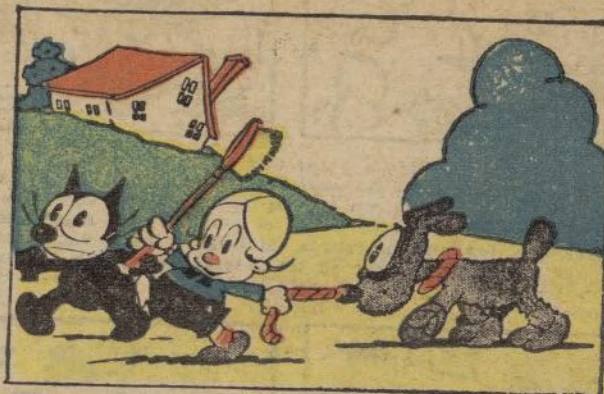
ANDANZAS DE GATO FELIX



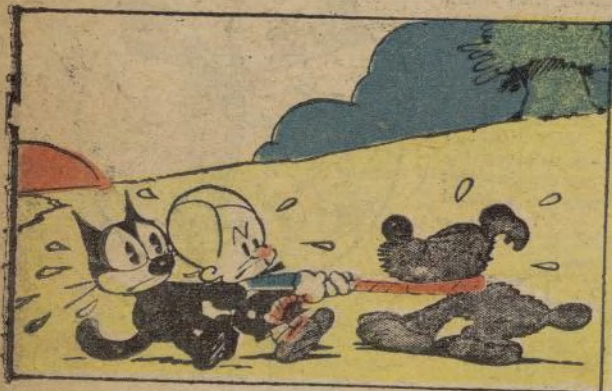
Como aquel día era domingo y Bimbete no tenía que ir a la escuela, Félix fué a buscar a su gran amigo para invitarle a pescar truchas, que, como recordáis, se había especializado en este deporte el gatito.



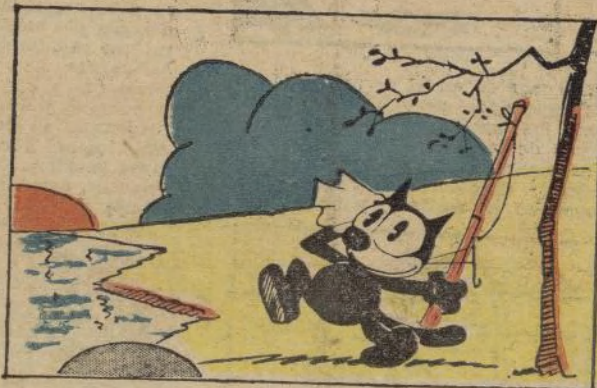
Pero su sorpresa fué grande al observar que Bimbete estaba muy atento escuchando un sermón que le estaba oblocando su mamá, relativo a que tenía que bañar a un perrito que habían regalado al papá del niño.



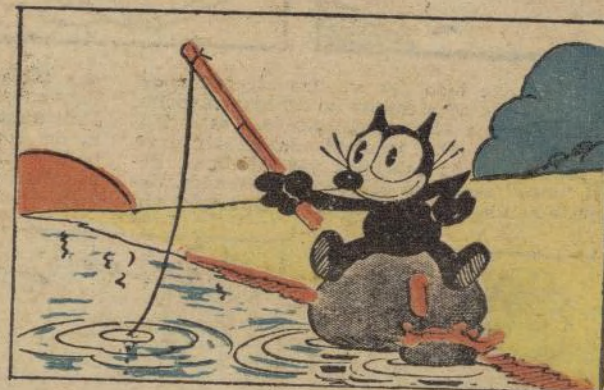
Félix decidió acompañar a su amigo del alma, y contentos y satisfechos salieron dispuestos a dar el baño al feo del perro, que tenía una cara como para ganarse el premio de feos en cualquier concurso.



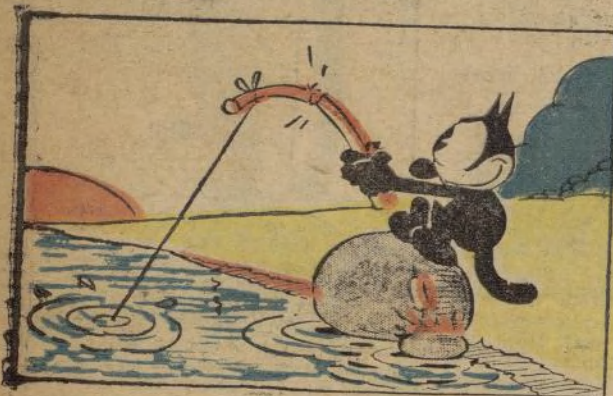
El perrito, por lo visto, era más bruto que un baúl, pues a la vista del arroyo se plantó en seco, dispuesto a que no le bañasen ni aunque se reunieran para ello todas las brigadas móviles de guardias de Asalto.



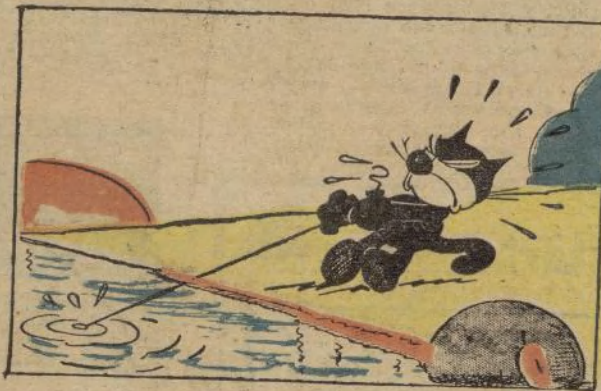
Como Félix tenía muy mal genio para tratar con perros testarudos, se cansó bien pronto de aquel forcejeo y se marchó tranquilamente a pescar barbos, dejando a Bimbete empeñado en arrastrar al bestia del perrito.



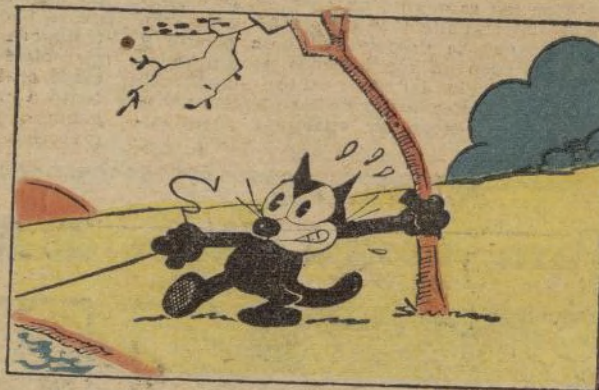
Tranquilamente, tomó asiento sobre una roca de piedra, como lo son todas las rocas, pues aun no sabemos de ninguna roca de chocolate, y echó el anzuelo con más garbo que Bienvenida se echa el capote a la espalda.



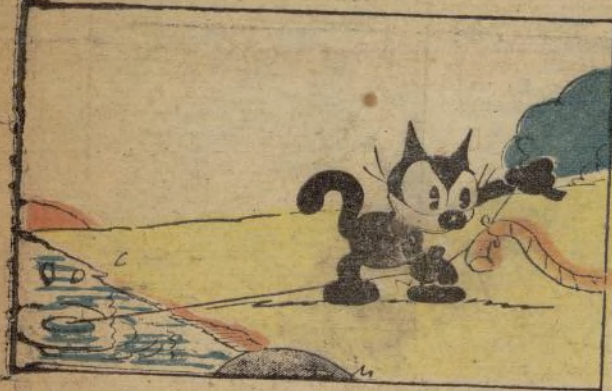
Pronto notó que algún pez había picado en el anzuelo, pero pronto notó también que el pececito no estaba dispuesto a que lo sacasen de su elemento, y se resistía a salir igual que os resistís vosotros a tomar el ricino.



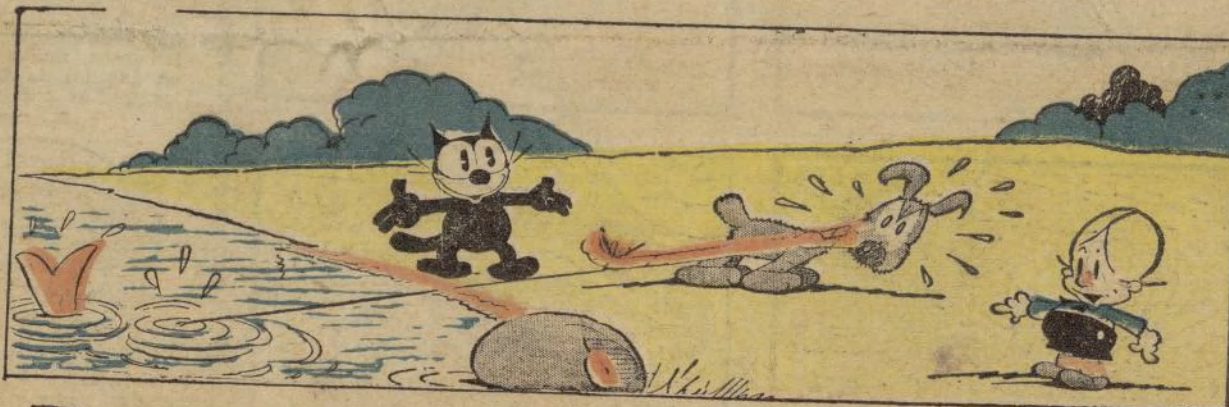
Félix, más quemado que si le hubiesen pagado el sueldo en perras falsas, comenzó a tirar del sedal, sacando fuerzas hasta de la punta del rabo; pero ¡que si quieres!: aquel pez era un barbo con toda la barba.



Aquello se iba poniendo más feo que García Sanchiz. Nuestro amigo comenzó a insultar al barbo a ver si éste se picaba y asomaba el hocico, pero como si tal cosa; al barbo no le hacían mella los insultos y no daba la cara.



Entonces Félix tuvo una idea más luminosa que una fábrica de electricidad, y fué la de atar la punta del sedal al rabo del perrito, que no quería bañarse ni mandándose con besalamano.



Y comenzó una pugna más emocionante que la final de un partido de fútbol. El perrito tiraba de un lado, el barbo de otro; si uno avanzaba un paso, al instante lo recuperaba el otro; pero Félix estaba seguro de que uno de los dos habría de vencer, y de esta manera resolverían uno de los dos problemas: o bañaban al perrito o pescaban el barbo. Bimbete aplaudía con entusiasmo y corrió a dar un beso en el morrete a su querido e ingenioso compañero, que sabía más que la Enciclopedia Espasa.